

WARHAMMER
THE OLD WORLD

LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX

LA ANTOLOGÍA



minotauro



LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX

LA ANTOLOGÍA

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix: La antología

Published by Black Library, 2012
2025 © Games Workshop Limited

Gotrek and Felix: The Anthology, *Las aventuras de Gotrek y Félix: La antología*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Reservados todos los derechos.

Originally published as *Gotrek and Felix: The Anthology*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro
Ilustración de cubierta: Winona Nelson

ISBN: 978-84-450-1902-3
Depósito legal: B. 13.937-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

EL HONOR DEL MATADOR, <i>de Nathan Long</i>	11
UN TONEL DE WYNTERS, <i>de Josh Reynolds</i>	117
UN LUGAR DE REUNIÓN SILENCIOSA, <i>de John Brunner</i>	147
DEVORAPARIENTES, <i>de Jordan Ellinger</i>	171
LA PROFECÍA, <i>de Ben McCallum</i>	209
EL TALISMÁN DEL TILEANO, <i>de David Guymer</i>	237
ÚLTIMOS TRAGOS, <i>de Andy Smillie</i>	261
LA LADRONA DE MENTES, <i>de C. L. Werner</i>	283
LAS DOS CORONAS DE RAS KARIM, <i>de Nathan Long</i>	319
EL FUNERAL DE GOTREK GURNISSON, <i>de Richard Salter</i>	361

EL HONOR DEL MATADOR

Nathan Long

UNO

—Menuda cloaca —dijo Gotrek Gurnisson.

Félix no podía estar más de acuerdo. Les había llegado el olor antes de coronar la última cresta del camino: una peste nauseabunda a basura podrida, alcantarillas, carne quemada y cerveza rancia. Ahora que entraban por sus puertas de madera maltratadas por los elementos, Félix pensó que la visión que ofrecía el lugar era tan desagradable para la vista como lo había sido su aroma para el olfato.

Puerta Muerta se extendía al final de un valle angosto a la sombra de las ruinas de una fortaleza de los enanos, Karak Azgal, que se alzaba sobre un promontorio rocoso por encima del asentamiento. Para Félix, el vasto asentamiento de toscos tejados de tablillas y calles sucias parecía una mancha cubierta por una costra parduzca que se precipitaba por la ladera desde una antigua cisterna de granito.

Eso se acercaba a la verdad si se hacía caso de lo que decía Gotrek. Cuando los señores enanos que gobernaban Karak Azgal renunciaron a seguir intentando reconquistar la fortaleza de los orcos, los goblins y los otros monstruos que se habían instalado en sus profundidades, la abrieron de par en par a los aventureros para que se adentraran en ella en busca de sus fabulosos tesoros, previo pago de una tasa, por supuesto. Se corrió la voz de esa gran oportunidad y, a pesar de que Karak Azgal se encontraba lejos de la civilización, en lo más profundo del remoto extremo meridional de las Montañas del Fin del Mundo, el valle rápidamente se llenó de cazadores de fortunas que esperaban

marcharse de allí con el oro de los enanos, armas ancestrales de gran poder y gemas del tamaño de manzanas. Para ofrecer los servicios que requerían esos recién llegados, a las puertas de la fortaleza había proliferado un asentamiento humano. En un principio nació como un puesto comercial donde se vendía comida y suministros a la gente que se aventuraba en el subsuelo, pero rápidamente brotaron sitios donde los aventureros podían gastarse los botines que sacaban a la superficie, como tabernas, recintos de lucha, salones de juego, burdeles, depósitos de cadáveres..., hasta que se convirtió en Puerta Muerta, no tanto una ciudad propiamente dicha como un matadero diseñado para vaciar el oro de los bolsillos de sus propietarios antes de que se fueran del valle.

Unos letreros chillones herían los ojos de Félix mientras recorría la embarrada calle principal junto a Gotrek, pintados en la fachada de los edificios o colgando sobre las puertas abiertas: la Dama Pintada, el Gallo Rojo, el Pozo de Sangre, el Palacio. Y bajo el nombre anunciaban lo que ofrecían, ya fuera cerveza, vino, juego, peleas o compañía femenina.

Debajo de los carteles había voceadores vestidos con ropas llamativas que pregonaban esos mismos productos con el fin de atraer a los hombres de semblante endurecido que deambulaban por el asentamiento. En las calles, buhoneros, vendedores de amuletos y pregoneiros profesionales soltaban su rollo a voz en grito.

—¡Canarios buscadores de oro! ¡Llévate uno y te conducirá hasta el tesoro!

—¡Peras de las Tierras Yermas! ¡Una fresca por dos peniques! ¡Diez podridas por uno!

Un humano que sujetaba un estandarte con un dragón rampante era el que gritaba más fuerte de todos:

—¡El señor Thorgrin Matadragones os necesita para combatir la amenaza de los pieles verdes! ¡Presentaos en la fortaleza para sumaros a su ejército! ¡Una moneda de oro por cada día de lucha y acceso libre a las cuevas durante un mes! ¡Haceos ricos y salvad la fortaleza!

Al pasar por delante de una chabacana taberna llamada El Grial, Gotrek y Félix sufrieron el acoso de un sonriente bribón que no paraba de hacerles reverencias.

—Entrad, *mein herr* y *herr* enano. Por aquí. El viaje desde las Tierras Yermas hasta las Montañas del Fin del Mundo es largo. ¿Por qué no humedecéis esas gargantas secas con un par de jarras de auténtica cerveza enana? O si el ombligo os toca la columna vertebral, podemos llenaros la barriga. Tenemos salchichas, tartas y...

—¿Cerveza enana? —inquirió Gotrek deteniéndose.

—¡Ya lo creo, *herr* enano! —dijo el captador de clientes—. La Mejor de Bugman. Seis barriles, recién llegados por el paso esta mañana.

El Matador clavó una mirada asesina en el hombre.

—Como mientas, volveré aquí y haré que te comas la jarra.

—No miento, amigo —replicó el hombre levantando las manos en el aire—. No somos tan estúpidos como para intentar engañar a los entendidos. De hecho, hay otro enano dentro hincando el codo como si no hubiera un mañana.

Gotrek gruñó y entró empujando las puertas oscilantes. Félix lo siguió al interior lleno de humo y miró en derredor con recelo. No parecía la clase de tugurio donde se serviría cerveza Bugman, y si el hombre les había mentado habría problemas. La decoración del local era un burdo intento de imitar el elegante estilo bretoniano, con arcos en las puertas, tapices heráldicos y sillas con el respaldo alto. Sin embargo, la clientela no tenía pinta de sentirse en su salsa recitando poemas caballerescos en el castillo de Couronne. Estaba compuesta por la colección de mercenarios y cazadores de tesoros con más cicatrices en el cuerpo que Félix había visto en su vida. Tampoco daba la impresión de que los gorilas con el cuello como un tronco que atendían la taberna hubieran sido contratados por sus conocimientos de vinicultura.

—¿Estás seguro de que quieres morir en una ciudad tan fea? —preguntó Félix mientras Gotrek y él rodeaban a un par de matones que arrastraban un cliente inconsciente hacia la puerta.

—No voy a morir aquí —aseveró él acercándose a la barra—. La araña está en las profundidades, eso dijo el joyero.

—Ah, las profundidades —repuso Félix—. Seguro que son mucho más atractivas.

—Serán salones de los enanos —dijo Gotrek—. Un lugar adecuado para que muera un Matador.

—No tan adecuado para un poeta, por desgracia —murmuró Félix. Suspiró e hizo una señal al camarero de la barra—. Dos Bugman, por favor.

Se habían enterado de la existencia de la terrorífica araña conocida como la Viuda Blanca en la fortaleza de los enanos de Ekrund, donde habían acabado después de que sus infortunios en la Bahía Negra los dejaran a su suerte al sur de las Montañas del Espinazo del Dragón. Allí, un enano joyero, Harn Martillazo, les había hablado de ella mientras examinaba las pocas piedras preciosas que habían logrado rescatar del naufragio. Les contó que un aventurero humano había acudido a él con un rubí del tamaño de un nudillo engarzado en un medallón. El hombre había perdido el brazo izquierdo y las orejas, y caminaba con una cojera. Según él, todas aquellas heridas habían sido infligidas por el guardián del tesoro del que había hurtado el rubí, la Viuda Blanca, una araña albina del tamaño de un carro para el heno que se había instalado en los rincones más profundos de Karak Azgal.

Naturalmente, Gotrek había puesto rumbo a las Montañas del Fin del Mundo al día siguiente. Naturalmente, Félix lo había seguido.

El camarero plantó dos jarras rebosantes de espuma delante de ellos.

—Será un chelín de plata por cada una, por favor.

Gotrek frunció el ceño, incrédulo.

—¿Vendes La Mejor de Bugman por solo un chelín?

—Ajá, *herr* enano. Cerveza buena a un precio justo, ese es el lema de El Grial.

Gotrek deslizó dos chelines por la barra y agarró su jarra. Su único ojo emitió un destello de escepticismo mientras se la acercaba a la nariz. La olfateó y gruñó sin revelar la opinión que le merecía, hundió su brillante bigote rojo en la espuma y bebió. Casi inmediatamente se atragantó, tosió y alejó la jarra para mirarla fijamente.

—Por Grungni —masculló—. Es Bugman.

Félix se lo quedó mirando con cara de sorpresa y tomó un sorbo de su jarra. La cerveza estaba fría y el trago tuvo en él un efecto refrescante y vigorizante; el sabor le evocó campos de trigo y templados días otoñales, y descendió por su garganta como una cascada de luz dorada. Era probablemente la mejor cerveza que había probado en su vida.

—¿Cómo es posible que una taberna de mala muerte en el culo del mundo sirva La Mejor de Bugman? —exclamó cuando dejó de beber para respirar.

—Está buena, ¿eh? —dijo alguien a su lado.

Félix se volvió. Junto a él, un hombre enjuto con el pelo oscuro recogido en una coleta tirante hacía señas al camarero. Tenía una nariz que parecía la cabeza de un hacha y una sonrisa contagiosa, y vestía unas resistentes y mugrientas ropas de viaje.

—Muy buena —repuso Félix.

Los ojos azules del hombre lanzaron una mirada fugaz a Gotrek y luego regresaron a Félix.

—Un Matador y su cronista, ¿he acertado?

—Así es —respondió Félix. El Grial estaba revelándose como un lugar prodigioso. Primero, La Mejor de Bugman a un precio irrisorio y ahora esto. Muchos humanos sabían lo que era un Matador, pero muy pocos conocían el papel de cronista. Félix estaba más acostumbrado a explicar lo que hacía que a confirmarlo—. Me sorprende que conozcas el término.

El hombre sonrió.

—Tengo un poco de experiencia en eso. —Cogió las dos jarras recién llenadas que le alargaba el camarero y señaló la chimenea con la cabeza—. Mi compañero Ágnar y yo tenemos una mesa junto al fuego. ¿Os gustaría sentaros con nosotros?

Félix siguió su mirada hasta la chimenea. Detrás de la mesa que le señalaba el humano había sentado un Matador que miraba fijamente el fuego. Sus tres crestas de color naranja brillaban rojas a la luz de las llamas.

DOS

Gotrek también miró y arrugó el ceño. Félix sabía por experiencia que los Matadores no siempre disfrutaban de la compañía de otro miembro del Culto de los Matadores. Solían ser tipos solitarios que se regodeaban en su melancolía y excepcionalmente empecinados en que su futuro fuera lo más breve posible. Los mejores amigos de Gotrek, Snorri Muerdenarices y Malakai Makaisson,

eran Matadores, pero a Gotrek le habían caído antipáticos otros Matadores nada más conocerlos. Félix, por su parte, nunca había conocido a otro cronista y la oportunidad de charlar con alguien que comprendía lo que acarreaba su estilo de vida le resultaba demasiado tentadora como para dejarla pasar. A pesar de la expresión huraña de Gotrek, Félix asintió.

—Detrás de ti.

En cualquier otra compañía, el entrecano Matador sentado a la mesa habría sido el bebedor más intimidante de la taberna. Era lo bastante viejo para que se distinguieran las raíces grisáceas en la base de sus tres crestas teñidas de rojo y su barba trenzada. Y en sus musculosos brazos llenos de cicatrices había tantos tatuajes descoloridos, desde las muñecas hasta los anchos y voluminosos hombros, que eran casi por completo de color azul. Su rostro parecía un tronco nudoso, tan arrugado y magullado que Félix apenas veía los ojos, y en el centro había una nariz de borrachín tan roja y abultada como el puño de un halfling.

En comparación con Gotrek, sin embargo, parecía enclenque. Gotrek era el enano más grande que Félix había conocido. Incluso sin su cresta de Matador de palmo y medio, casi alcanzaba el metro cincuenta de estatura; le sacaba casi una cabeza a Ágnar y su espalda era un mucho más ancha, y cuando se movía, los músculos de sus brazos se retorcían como pitones en acto de apareamiento. Una abundante barba roja se precipitaba por el vasto torso de Gotrek, remetida en su ancho cinturón de cuero, y un parche le tapaba la cuenca del perdido ojo izquierdo. El ojo que le quedaba era punzante como un picahielo y brillaba tanto como la refulgente hoja de su antiquísima hacha rúnica. Félix había visto con sus propios ojos a borrachos enfurecidos que doblaban en tamaño a Gotrek mascullar una disculpa y marcharse discretamente al enfrentarse al poder de esa maléfica mirada en su apogeo.

Ágnar alzó la vista hacia Gotrek y lo miró con una desconfianza indisimulada cuando se acercaron a la mesa, pero su cronista tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Ágnar Arvastsson, te presento a... —Miró a Félix—. Lo siento, pero ¿a quién le presento?

Félix inclinó la cabeza.

—Félix Jaeger y Gotrek Gurnisson, a vuestro servicio.

—Un placer —dijo el cronista—. Yo soy Henrik Daschke, de Talabheim... y de casi todas las otras ciudades del Imperio.

Ágnar los miró de nuevo al oír sus nombres.

—He oído hablar de vosotros —dijo con una voz pastosa que sonaba como si ya hubiera dado cuenta de una buena cantidad de Bugman—. Fuisteis al norte, a los desiertos. Encontrasteis Karak Dum.

—Ajá —dijo Gotrek. Se sentó enfrente del otro Matador.

—También oí que encontraste tu muerte —añadió Ágnar—. En Sylvania.

—No —terció Félix sentándose a la derecha de Gotrek. Henrik se acomodó al lado de Ágnar y le dio su jarra—. Fuimos... —Hizo una pausa. No le apetecía tratar de explicar lo de los túneles de los Ancestrales, Albión y todo lo que pasó después—. Simplemente nos perdimos.

—Ahora lo recuerdo —dijo Henrik arqueando una ceja—. Pero eso fue hace algunos años. Mucho tiempo para un Matador.

Gotrek se crispó.

—¿Qué insinúas?

Henrik levantó las manos.

—Nada, Matador. Solo que debes ser indómito en la batalla.

Gotrek gruñó y tomó otro largo trago de Bugman.

Henrik se volvió a Félix.

—Y me sorprende mucho que tú sigas vivo. El destino de un cronista está lleno de incertidumbre, ¿verdad?

Félix se encogió de hombros, un tanto incómodo. Henrik tenía razón, por supuesto. Como Ágnar, Gotrek era un Matador, así que había jurado redimirse de una deshonra que mantenía en secreto muriendo en combate contra los monstruos más mortíferos que encontrase. Félix se había convertido en su cronista cuando, en medio de una borrachera, juró immortalizar su fallecimiento en un poema épico. Desde entonces se sentía la víctima de una precaria paradoja: ¿cómo iba a permanecer lo bastante cerca de Gotrek como para relatar fielmente los detalles de su muerte y, a la vez, escapar él mismo de esa muerte? Era un rompecabezas al que no había parado de dar

vueltas desde que empezaran sus viajes juntos, pero se le hacía raro hablar de ello delante de los Matadores.

—Tiene sus momentos —dijo finalmente.

Henrik rio.

—Ya lo creo. ¡He perdido la cuenta de las veces que habré seguido a Ágnar en un tumulto mortal para ser testigo de sus últimos momentos y pensado que probablemente también eran los míos! Basta con convencerlo para que prefiera quedarse en la taberna e inventarse una muerte gloriosa completamente ficticia, ¿eh?

Dio una palmada en la espalda a Félix. Este sonrió tímidamente y lanzó una mirada a Ágnar para ver cómo se tomaba el comentario. El Matador negaba con la cabeza, pero no parecía especialmente molesto.

—Siempre tan bromista, cronista —dijo Ágnar—. Algún día te pasarás de la raya y te mataré.

—¿Y quién escribirá tu crónica entonces? —quiso saber Henrik.

Ágnar rio entre dientes y tomó otro trago. Gotrek lo miró con una expresión en la que había tanta compasión como desprecio. Félix sentía algo parecido y ya se disponía a excusarse cuando Henrik volvió a hablarle:

—¿Y qué os trae a Karak Azgal? ¿Vais tras algún horror de las profundidades?

—Una araña llamada la Viuda Blanca —respondió Félix—. Oímos rumores de su existencia en Ekrund. Se dice que es tan grande como un tanque de vapor.

—¿También estás aquí por ella? —preguntó Gotrek.

Henrik se echó a reír.

—¡No te preocupes, Matador! En los salones del Peñasco del Dragón hay muertes gloriosas para todos. Nosotros hemos venido con la esperanza de luchar con un monstruo del Caos que, según dicen, merodea en los rincones más profundos de las minas, pero ha aparecido otra amenaza que nos impide descender.

—¿Cuál? —inquirió Félix.

—Orcos —dijo Ágnar.

—¿No habéis oído a los voceadores del viejo Thorgrin en la calle? —preguntó Henrik.

—¿«Haceos ricos y salvad la fortaleza»? —dijo Félix.

—Eso mismo —aseveró Henrik—. ¡Y vaya si necesita que la salven! Thorgrin está desesperado. Al parecer, un kaudillo orco llamado Gutgob Piefétido ha sometido a todos los orcos que viven en las entrañas de la montaña y está incitándolos para llevar la guerra a la fortaleza superior. Thorgrin teme que Gutgob tenga suficientes soldados para arrasar Karak Azgal y Puerta Muerta y está reclutando a todo aquel capaz de sujetar un arma para que le ayude a plantarle cara.

—¿Los orcos se interponen entre nosotros y nuestras muertes gloriosas? —preguntó Gotrek.

—Y Thorgrin —dijo Henrik—. Ha prohibido la entrada en la fortaleza hasta que se resuelva el problema de los pieles verdes. La única manera que hay de entrar es alistándose en su ejército.

Gotrek resopló.

—Que me deje matar a esa araña y liquidaré a todos los orcos que encuentre en mi camino.

—Thorgrin quiere un ejército —repuso Ágnar negando con la cabeza—. Todo aquel que actúe por su cuenta es un soldado menos en sus filas.

Gotrek gruñó y tomó otro trago de cerveza.

—Pero ¿después permitirá la entrada libre a las cuevas a todo aquel que luche a su lado? ¿Sin pagar la licencia para la búsqueda del tesoro? —preguntó Félix.

Henrik asintió.

—El trato no está mal, pero conozco otro mejor.

—¿Cuál? —quiso saber Gotrek.

Henrik señaló la barra con el dedo pulgar.

—Louis Lanquin, el propietario de este tugurio, tiene permiso de Thorgrin para reunir su propio regimiento y unirse a los enanos. Paga el doble que Thorgrin y, además, pagará la licencia a todos los que lo acompañen.

—¿Y por qué iba a gastarse tanto dinero?

—Es economía pura y dura, amigo enano —dijo una voz con un fuerte acento detrás de Félix.

Este se volvió y vio a un hombre vestido de forma elegante, el cabello rubio y lustroso, un pañuelo alrededor del cuello y gemelos

en los puños de la camisa, que se acercaba a su mesa. Tenía barriga y papada, pero la anchura de sus hombros y la cicatriz que le cruzaba la nariz indicaban un pasado más vigoroso. Sus ojos también poseían la viveza de un luchador, aunque intentaba disimularlo con una sonrisa seductora.

—Soy Louis Lanquin, de Quenelles, a su servicio —dijo, haciendo una reverencia que acompañó con una floritura de la mano.

—Félix Jaeger y Gotrek Gurnisson, al suyo —replicó Félix inclinando la cabeza educadamente—. Le felicito por su bodega. Nos ha sorprendido encontrar cerveza Bugman en Puerta Muerta.

Lanquin esbozó una sonrisa.

—Es una manera de atraer humanos... y enanos, y convencerlos para que se alistén. Todos los que se unan a mí tendrán barra libre en mi establecimiento el resto de su vida.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Gotrek.

Lanquin se llevó la mano al pecho.

—El señor Thorgrin no es el único que depende de la supervivencia de este poblado. Los enanos estafan a los cazadores de tesoros vendiéndoles permisos de exploración y cobrándoles impuestos por todos los objetos que rescatan, aun así, les queda algo de dinero en los bolsillos para que un pobre tabernero como yo se gane la vida. Me va bien aquí y me gustaría que todo siguiera igual, y no confío en el éxito del ejército de Thorgrin. —Hizo aparecer cuatro monedas de oro entre los dedos como por arte de magia y las puso sobre la mesa—. Estoy dispuesto a hacer una inversión que me garantice réditos en los próximos años.

Dividió las monedas en dos montoncitos y los deslizó hacia Gotrek y Félix.

—Los *monsieurs* Ágnar y Henrik ya se han apuntado. ¿Qué me dicen ustedes? Con guerreros de su categoría en nuestras filas lograremos la victoria.

Félix miró a Gotrek. Le correspondía a él contestar.

El Matador se quedó mirando fijamente el oro con la reverencia habitual de los enanos, pero negó con la cabeza.

—Un Matador que encuentra su muerte gloriosa no necesita oro ni cerveza. Tu recompensa no tiene ningún valor para mí.

Ágnar se quedó perplejo al oír a Gotrek, como si él no hubiera considerado la cuestión desde ese punto de vista. Dio la impresión de que Lanquin iba a plantear otro argumento, pero finalmente se encogió de hombros y recogió las monedas de oro.

—Está bien, amigo enano. Puede que cambies de opinión. Hasta entonces, bebe todo lo que quieras. Invita la casa.

Félix refunfuñó entre dientes. Un Matador con barra libre garantizaba una pelea de bar y destrozos en el mobiliario, y el temor de pagar más oro a Lanquin del que les había ofrecido para reponer las mesas, las sillas y las ventanas rotas se cernió sobre él. Sin embargo, para su sorpresa, Gotrek apenas bebió en lo que restaba de noche. Solo tomó diez jarras de Bugman y se dedicó a intercambiar historias de batallas con Ágnar. Félix hizo lo propio con Henrik, aunque no le agradaba mucho su tono socarrón. A pesar de que fuera un bocazas, Henrik comprendía todas las preocupaciones y las quejas que le contaba. Se reía de chistes y anécdotas que solo otro cronista podría entender. Sabía lo que era sentirse solo, echar de menos el hogar y pasar noches frías al raso en medio de ninguna parte. Había tenido que soportar los ataques de ira y el mal humor de su compañero. Había escapado por los pelos de la muerte y sobrevivido a heridas y fiebres que eran inherentes al compañero de un Matador. Tal vez no fuera un amigo, pero sí era su hermano. Eso no podía negarlo nadie.

TRES

Gotrek y Félix durmieron en El Grial. Al despertar, caía una llovizna fina que les empapaba la piel mientras caminaban arduamente por el serpenteante y embarrado camino que llevaba al Torreón de Skalf, un asentamiento que los enanos habían construido sobre las ruinas de Karak Azgal.

Gotrek y Félix entraron por la puerta en forma de boca de dragón situada en los gruesos muros de piedra que se alzaban sobre la llanura. Félix se quedó anonadado. El pueblo del valle y el de la montaña no podían ser más distintos. De muros adentro, el Torreón de Skalf estaba dividido en calles adoquinadas, lavadas por la lluvia, con casas bajas de piedra y locales comerciales del estilo arquitectónico de los

enanos, todos ellos muy cuidados. No había basura en los desagües y el único olor que se percibía era el del pan en el horno. Félix había visto la opulencia de los enanos antes, y sus vastas cámaras subterráneas recubiertas de oro, aunque este modesto asentamiento en medio del paisaje lunar de las Montañas del Fin del Mundo, en comparación, le pareció más ostentoso que el más suntuoso palacio de los gremios. Era como si un noble hubiese permitido a su hermosa hija caminar desnuda y sin escolta por los barrios bajos de Altdorf. Aunque no hiciera alarde de su riqueza, la confianza del noble en que su hija no correría peligro era una prueba del poder que atesoraba.

Gotrek refunfuñaba entre dientes mientras se acercaba a la torre que se alzaba en el centro del pueblo.

—Esto no está bien. Es una derrota maquillada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Félix.

El Matador resopló.

—El clan de Skalf Matadragones perdió Karak Azgal y no ha sido capaz de recuperarla. Y en cambio ha construido un asentamiento encima y ha empezado a cobrar a otros para que luchen por ellos.

—Gotrek lanzó un manotazo al aire señalando esas casas tan opulentas—. Todo esto lo han construido con dinero que no procede de las minas ni las fraguas, sino de los permisos y los impuestos que sacan a los idiotas que buscan cambiar su suerte dentro de la montaña.

Félix miró alrededor y empezó a ver las cosas de otra manera.

—Así que no es tan distinto de Puerta Muerta.

—No, no lo es —aseveró Gotrek—. Es otra cloaca, solo que con paredes de mármol en lugar de contrachapado.

Las calles que rodeaban la torre central estaban atestadas de enanos armados hasta los dientes con el emblema de Karak Azgal en los escudos. También había un variopinto grupo de mercenarios, aventureros y hombres dispuestos a luchar, todos ellos estoicamente encorvados bajo la lluvia. En la plaza al norte de la torre se había improvisado un campamento militar, con tiendas de campaña de toda forma y condición dispuestas en torcidas hileras. Había reclutadores por doquier ofreciendo el dinero del señor Thorgrin a quienes lucharan contra los pieles verdes. Mientras, los

vendedores ambulantes de cerveza y comida se paseaban con sus carretillas y hacían negocio con las tropas y los reclutas.

Gotrek entró directamente por las puertas abiertas de la torre sin prestar atención al trajín de las calles. En una tienda ubicada en medio del patio se había colocado una mesa y los futuros soldados hacían fila para firmar en el libro de reclutamiento. Gotrek tampoco prestó atención a esa mesa y entró en la torre propiamente dicha. Los centinelas enanos que custodiaban la puerta le cortaron el paso y un sargento se plantó delante de él, hacha en mano.

—¿A qué has venido, Matador?

—Quiero un permiso para entrar en la montaña —respondió Gotrek—. Voy tras la araña que vive en ella.

—Ya no damos más permisos —contestó el sargento—. No hasta que nos hayamos encargado de Piefétido. Si quieres bajar tendrás que alistarte. No van a faltarte enemigos.

—No me interesa vuestra guerra. Yo busco mi muerte gloriosa.

El sargento le clavó una mirada inclemente.

—¿No vas a ayudar a tu raza? ¿No quieres que tus hermanos recuperen la fortaleza?

Gotrek escupió a sus pies.

—Vosotros no queréis recuperar la montaña. Lo único que os interesa es salvar la ciudad que habéis montado a cielo abierto y seguir llenándoos los bolsillos de la venta de permisos y velas.

—¿Qué acabas de decir? —Los ojos del enano pasaron del hielo al fuego en un parpadeo.

Félix tragó saliva y puso la mano sobre la empuñadura de su espada. Si llegaban a las armas la cosa se pondría fea. Gotrek encontraría su muerte gloriosa a manos de sus hermanos enanos o, peor aún, masacraría a la mitad del asentamiento.

—Si reconquistáis la fortaleza perderéis vuestro negocio y tendréis que trabajar para vivir —añadió Gotrek.

—¡Fuera de aquí! —espetó el enano sargento apretando los dientes—. Vete antes de que te eche de una patada en el culo. No queremos la ayuda de tipos como tú.

—Todo lo contrario —terció alguien detrás del sargento—. Precisamente un Matador es lo que necesito.

El sargento se dio la vuelta y otro enano con la barba blanca y enfundado en una armadura de gromril salió a la lluvia, seguido por un séquito de Martilladores. El sargento y la pareja de centinelas le saludaron, pero él solo tenía ojos para Gotrek. La barriga le sobresalía del peto de la armadura, hecho a medida para acomodar su volumen, y debajo de la barba lucía una cara redonda y rosada. Tenía pinta de tendero, aunque su formidable armadura y el respeto que infundía a los centinelas contradecían su aspecto.

—Señor Thorgrin —dijo el sargento—. Estaba a punto de desahacerme de este...

—Yo me encargo, Holdborn —dijo Thorgrin mientras asentía, dirigiéndose a Gotrek—. Tu diagnóstico de nuestra situación es rudo pero acertado, Matador. Hemos sacado beneficio de la pérdida de la fortaleza, pero era mejor eso que abandonarla para siempre. Algún día, la venta de todas esas velas nos permitirá reclutar un ejército lo bastante poderoso como para limpiar las profundidades de una vez por todas.

—Y mientras llega ese día, dejáis que los pieles verdes campen a sus anchas en los salones de vuestros antepasados y vendéis permisos a idiotas para que se los coman esas bestias.

El orondo señor enano sonrió.

—Siempre he pensado que para un enano que pretende morir a la primera de cambio es mucho más fácil no comprometerse.

Gotrek resopló y dio media vuelta.

—Me vuelvo con el bretoniano. Por lo menos él es un ladrón honrado.

—Vete si lo deseas —dijo Thorgrin. Félix siguió al Matador—. Pero yo puedo darte algo que el posadero no puede ofrecerte.

Gotrek siguió andando.

—¡La guarida de la Viuda Blanca! —gritó Thorgrin—. Mis exploradores la han localizado.

El Matador paró en seco y se dio la vuelta.

—Ayúdanos a derrotar a los pieles verdes —continuó Thorgrin— y te diré dónde vive.

—¿Dónde hay que firmar? —dijo Gotrek.

Gotrek y Félix firmaron en el libro de Thorgrin y recibieron su paga. Les dijeron que se presentaran en la torre a la mañana siguiente antes de que amaneciera para participar en el ataque definitivo que se preparaba. Para entonces, la llovizna se había convertido en un diluvio que no dejaba ver lo que había más allá de cinco pasos en todas direcciones y el agua corría por las calles adoquinadas del Torreón de Skalf en arroyos de palmo y medio de profundidad.

En Puerta Muerta, las calles adoquinadas y las alcantarillas brillaban por su ausencia, así que el asentamiento se convirtió en un cenagal. Para cuando Gotrek y Félix bajaron por el sendero serpenteante y cruzaron la puerta del este, ya caminaban hundidos hasta las rodillas en el barro y las calles se habían vaciado; las puertas y ventanas de las destartaladas posadas y viviendas estaban cerradas a cal y canto para protegerse de la lluvia torrencial. Puerta Muerta parecía un pueblo fantasma.

Aun así, Félix se sorprendió cuando comenzó a ver fantasmas. Con el rabillo del ojo le pareció atisbar una figura encapuchada agazapada en la entrada de un callejón a su derecha, pero cuando miró en esa dirección con detenimiento no vio a nadie. Lo único que había era lluvia y un montón de barriles. Lo mismo le pasó con otra figura que vislumbró en una esquina, la cual desapareció en cuanto se volvió hacia ella.

Gotrek se paró en medio de la calle inundada y paseó su mirada feroz en derredor, escrutando a través de su cresta empapada, que le caía encima del ojo sano.

—Nos siguen.

—¿Nos siguen?

—Nos siguen. —Gotrek blandió el hacha rúnica que llevaba a la espalda y se puso en guardia.

—Estamos a dos calles de El Grial —dijo Félix desenfundando la espada—. ¿Echamos a correr?

—Antes tendremos que encargarnos de ellos —contestó el enano.

Félix siguió la mirada de Gotrek con la suya. Cinco figuras encapuchadas surgieron de la lluvia como espectros que se materializaran en el éter. No obstante, a diferencia de los espectros, sus espadas parecían muy reales. Oyó un chasquido a su espalda seguido por un chirrido

de acero. Otros cuatro encapuchados les bloqueaban la retirada y de los callejones laterales salieron unos cuantos más. Félix se puso en guardia y gritó para hacerse oír por encima de la lluvia:

—¿Qué queréis?

—Nuestra paga —contestó uno de los encapuchados.

Dicho lo cual, los desconocidos se lanzaron en tromba hacia ellos.

CUATRO

Félix pegó la espalda a la de Gotrek y se preparó para defenderse del ataque. El Matador, sin embargo, no esperó y salió disparado hacia los asaltantes, removiendo el barro con los pies y dando vueltas al hacha por encima de la cabeza como si fueran las aspas de un girocóptero. Félix estaba demasiado ocupado con sus oponentes como para ver lo que pasaba a continuación, pero sí oyó el estrépito del acero al golpear acero y el nauseabundo ruido de las armas al atravesar carne, seguidos por los alaridos y los gritos ahogados de hombres destripados, y supo que no tenía que preocuparse por Gotrek.

Él, sin embargo, estaba pasando cierto apuro. Sus rivales no eran diestros con la espada, pero eran muchos y todos tenían un mismo objetivo, mientras que él se enfrentaba a una multitud. Asestó un espadazo con *Karaghul* y desvió dos espadas, pero otras tres ya cortaban el aire en su dirección. Dio un brinco atrás, hacia la izquierda, para esquivarlas y casi acabó de bruces en el barro cuando este absorbió sus botas.

Una punzada de dolor le recorrió el brazo cuando una de las espadas le rozó el codo y otros dos aceros volaron hacia su cara mientras se tambaleaba. Soltó un espadazo a la desesperada y embistió a los hombres que empuñaban las armas, más por casualidad que porque obedeciera a un plan.

El impacto derribó a uno. Félix agarró al otro y le dio la vuelta justo a tiempo para que recibiera los tajos de otros dos atacantes en el estómago. A continuación arrojó a ese hombre destripado y arremetió con *Karaghul* por encima del hombro. Alcanzó en el cuello a uno de los asesinos y en la mano a otro. Los dos asaltantes retrocedieron

tambaleándose y el que estaba tirado a sus pies intentó levantarse, pero Félix lo liquidó de un tajo y volvió a hundirlo en el barro, que se tiñó del rojo de la sangre.

Los que quedaban, seis en total, volvieron a atacarlo, pero esta vez tomando más precauciones. Félix retrocedió, con la espada extendida delante de él, y se quitó la capa con la mano libre. La lana estaba empapada y el peso sobre los hombros entorpecía sus movimientos, así que se la enrolló en la muñeca y la usó como escudo.

—Venga, vamos —dijo.

Pero los asaltantes se habían quedado inmóviles y miraban fijamente detrás de él con una expresión de incertidumbre en la cara. Félix echó un vistazo por encima del hombro y comprendió el motivo. Uno de los asaltantes de Gotrek se desplomó decapitado y los cuerpos de otros cinco flotaban bocabajo en unos charcos rojos que se expandían en el barro. El Matador estaba acorralando a dos asesinos más: uno que lloriqueaba con una espada doblada en la mano y otro que se sujetaba el muñón del brazo izquierdo cercenado a la altura del codo. Dos más huían de allí a través de la lluvia.

Félix esbozó una sonrisa brutal y los hombres que estaban enfrente de él vacilaron.

—Ajá. Y si me matéis, entonces sí que va a cabrearse.

Tuvo que reconocer que tenían valor, pues hubo tres que avanzaron hacia él a pesar de todo. Félix golpeó de lleno con la capa empapada al que acercaba por la izquierda y lo empujó contra el que venía por el medio. Después evadió la espada del que se aproximaba por la derecha y le asestó un espadazo de revés en el brazo.

El hombre retrocedió dando tumbos y bufando entre dientes y dejó caer la espada. Félix se volvió hacia los otros dos, les estampó la capa enrollada en la cara y asestó un espadazo por debajo del brazo. Los asesinos dieron un salto atrás y continuaron reculando sin dejar de mirar detrás de él.

Félix se volvió y vio que Gotrek caminaba en su dirección con los pies hundidos en el barro. Tenía salpicaduras de sangre por todo el cuerpo y de la cabeza de su hacha goteaban sesos.

Félix maldijo y echó a correr hacia los asesinos.

—¡Alto! —gritó—. ¡Quietos! ¿Quién os manda? ¿Quién os paga?

Los asaltantes dieron media vuelta y salieron corriendo sin contestar. Félix intentó seguirlos, pero se hundió en el barro y acabó cayéndose de rodillas mientras los asesinos desaparecían en la lluvia. Se levantó suspirando del esfuerzo y se acercó a Gotrek con sus pies chapoteando en el barro. El Matador estaba dando la vuelta a los cadáveres y quitándoles la capucha.

—¿Queda alguno vivo?

Gotrek negó con la cabeza.

—Los que no habíamos matado se han ahogado.

Félix observó las caras descubiertas de los atacantes. No reconoció a ninguno. Su aspecto era el típico de la gente de Puerta Muerta: hombres delgados con cicatrices, lo bastante hambrientos como para matar a su madre por un plato de comida. Pues bien, ya no pasarían hambre.

—¿Tienes alguna idea de quiénes eran o de lo que querían?

Gotrek agarró a uno por el tobillo.

—Yo no, pero sé de alguien que quizá sí.

Echó a andar por las calles anegadas en dirección a El Grial, arrastrando uno de los cadáveres por el barro.

Louis Lanquin arrugó la nariz mientras miraba el cuerpo tirado en el charco de sangre e inmundicia que se expandía por el suelo de su taberna.

—No me suena su cara —dijo—. Y habría preferido que me hubieran mandado llamar en lugar de traerlo aquí y ensuciarme el suelo.

El local estaba lleno de gente que había entrado para resguardarse de la lluvia y todos miraban con fijeza a Félix, Gotrek y el cadáver. Félix reparó en la ausencia de Ágnar y Henrik. A lo mejor seguían durmiendo la mona. Ágnar había bebido el triple de cerveza que Gotrek la noche anterior.

—¿No les has pagado tú para que nos maten? —gruñó el enano.

El bretoniano se echó a reír.

—Amigos míos, si hubiera querido matarlos habría envenenado la Bugman anoche o les hubiera asesinado mientras dormían. —Hizo

una seña a una pareja de matones para que retiraran el cadáver y volvió a mirar al Matador—. Hay muchas facciones en Puerta Muerta, y más aún en el Torreón de Skalf, y no son pocas las que prefieren que no ganen los enanos. Si considerasen que sus muertes les ayudarían en su causa, no dudarían en asesinarlos.

Los gorilas volvieron con una lona, la tendieron junto al cadáver y la enrollaron en él con la rapidez que da la práctica. Mientras lo arrastraban hacia la puerta, un criado limpió el suelo con un cubo y una fregona. En menos de un minuto ya no quedaba ningún rastro del muerto.

—No les reprocho que hayan sospechado de mí —dijo Lanquin—. Todo aquel que lucha a vida o muerte tiene derecho a observar el mundo con desconfianza. —Hizo una señal hacia la barra—. Por favor, beban por cuenta de la casa. Tómenlo como una disculpa por el insultante recibimiento que les ha dispensado mi asentamiento de adopción.

Félix miró a Gotrek. El Matador negó con la cabeza.

—No queremos abusar de su hospitalidad, *monsieur* —dijo Félix—. Ya ha sido demasiado generoso. Gracias de todos modos.

Lanquin se encogió de hombros.

—Como prefieran. Y ojalá estén más tranquilos allá donde vayan.

Inclinó la cabeza cuando Gotrek y Félix caminaron hacia la puerta y volvieron a salir a la lluvia.

—Miente —dijo Gotrek—. A esos hombres los mandó él.

—No tienes pruebas —objetó Félix.

—No necesito pruebas, humano. Lo sé.

—¿Por qué iba a querer deshacerse de nosotros? ¿Porque hemos aceptado la oferta de Thorgrin en vez de la suya? Eso es absurdo. ¿Acaso no quieren los dos lo mismo? ¿Por qué Lanquin iba a matar a alguien que ha decidido luchar contra los orcos?

—A lo mejor quiere que ganen los orcos —sugirió Gotrek.

Félix miró con recelo al Matador.

—Eso sí que es absurdo. Ya oíste lo que dijo anoche. Es todo una cuestión de dinero. Necesita Puerta Muerta tanto o más que Thorgrin para sobrevivir.

Gotrek se encogió de hombros.

—Absurdo o no, yo pienso dormir esta noche con el hacha debajo de la almohada.

—Ajá —repuso Félix—. Ajá.

Pasaron la noche en una posada llamada El Palacio y al despertar les sorprendió un poco que no les hubieran atacado mientras dormían. Antes de que amaneciera volvieron a la torre del señor enano Thorgrin. No estaban solos. El patio se hallaba repleto de enanos del ejército de Karak Azgal, ordenadamente divididos en compañías de guerreros pertrechados con hachas, Atronadores con los arcabuces al hombro y Rompehierros cubiertos de pies a cabeza con pesadas armaduras de láminas metálicas. Junto a ellos había una mezcla de aventureros curtidos, avariciosos buscadores de tesoros y tenderos nerviosos que luchaban para proteger sus propiedades y sus inversiones en Puerta Muerta. Estaban divididos en batallones liderados por capitanes más expertos, pero su armamento dejaba bastante que desear. No obstante, su elevado número llamaba la atención. Félix calculó que en total habría unos trescientos enanos y doscientos mercenarios en formación y aguardando órdenes. Para su sorpresa, reconoció a Ágnar y a Henrik entre ellos.

El Matador entrecano miraba al suelo fijamente y pareció estremecerse, con los pies plantados en la tierra, cuando Félix y Gotrek se acercaron. Henrik los miró con cierta desazón.

—Ágnar se tomó a pecho lo que dijiste sobre el oro y la cerveza gratis —dijo—. Así que ha decidido seguir tu ejemplo.

—Un Matador que busca su muerte gloriosa no necesita nada de eso —sentenció Ágnar sin levantar la cabeza—. Además, no me fiaba del bretoniano.

—Ajá —dijo Henrik resoplando—. Era demasiado amable. Lucharemos por Thorgrin y que el destino nos guíe, como siempre.

—Nos alegramos de que nos acompañéis —dijo Félix, aunque no sabía si Gotrek opinaba igual. El Matador se limitó a gruñir y fijó la mirada feroz de su único ojo a media distancia mientras esperaba órdenes. Claro que esa era la única expresión que tenía, ya estuviera contento, enfadado o indiferente, así que no había manera de saber qué pensaba en realidad.

Poco después, Louis Lanquin llegó con sus reclutas, unos cien hombres, a los que un lugarteniente de Thorgrin hizo hueco como buenamente pudo para acomodarlos en el lado izquierdo del patio. El bretoniano dirigió una educada reverencia a los Matadores y mantuvo la vista al frente. Félix tuvo la impresión de que Lanquin había conseguido los mejores reclutas. A pesar de que eran inferiores en número, parecían más aguerridos y experimentados que los humanos de Thorgrin y estaban mejor equipados. El tabernero no había escatimado en gastos para pertrecharlos con las mejores armas y armaduras.

—Demasiada inversión solo para garantizarse unos ingresos continuados, me parece a mí —murmuró Félix.

Las puertas de la torre interior se abrieron con un estruendo y el señor enano Thorgrin salió escoltado por los Martilladores y el portaestandarte. Saludó a sus tropas y alzó la voz.

—Ciudadanos y amigos de Karak Azgal, hoy emprendemos un reto enorme. Con este ejército de enanos y humanos aniquilaremos la alianza pergeñada por Gutgob Piefétido y aplastaremos la amenaza de los pieles verdes para las próximas décadas. Restableceremos la seguridad del Peñasco del Dragón y podremos recuperar nuestras vidas tal como eran.

Gotrek resopló y unos cuantos enanos a su alrededor se volvieron a mirarlo, pero no abrieron la boca.

—La lucha no será fácil ni agradable —continuó Thorgrin—. Pero estoy seguro de que nuestras tácticas y armas superiores nos proporcionarán la victoria. ¡Encerraremos a los orcos en un matadero del que no podrán escapar y vosotros seréis los carniceros!

Estalló un clamor, sobre todo entre los enanos, y Thorgrin hizo un gesto con la mano para pedir silencio.

—Antes de entrar en la montaña me gustaría lanzar una advertencia a quienes no son de esta tierra —añadió—. Mientras dure la batalla, las leyes sobre la incautación de tesoros siguen vigentes. Todos los voluntarios serán registrados al salir de la fortaleza y tendrán que pagar los impuestos correspondientes por los tesoros que encuentren. Cualquier tesoro considerado una reliquia importante en la historia de Karak Azgal será confiscado. Todo aquel que oculte algún tesoro a las autoridades será encarcelado. Ya os pagamos generosamente y

disfrutáis de una oportunidad de acceder a la montaña que rara vez se concede. No tendremos compasión con quien intente abusar de nuestra generosidad.

Se oyó un murmullo, pero nadie elevó queja alguna. A continuación, Thorgrin explicó sus planes de batalla y las responsabilidades de cada uno de sus oficiales. Félix no alcanzó a oír buena parte de lo que dijo, aunque solo un instante después, Holdborn, el sargento con el que Gotrek había estado a punto de llegar a las manos, se acercó a él y a Ágnar y les dedicó una escueta reverencia.

—Matadores —dijo—, acompañadme, por favor. El señor Thorgrin desea encomendaros una misión especial.

Gotrek soltó una carcajada.

—¿Quiere que desatasquemos los meaderos?

El sargento Holdborn sonrió con frialdad.

—Ojalá. Pero me temo que es una tarea un poco más agradable. Seguidme.

CINCO

Gotrek, Ágnar, Félix y Henrik siguieron a Holdborn por una puerta lateral de la torre y bajaron por unas escaleras estrechas hasta una cámara subterránea en cuyo centro había un enorme pozo que se hundía en la tierra. Un mecanismo consistente en poleas y cadenas para subir y bajar cosas colgaba sobre la rampa del agujero. En ese momento, una cuadrilla de enanos estaba fijando a un gancho un robusto cañón con ruedas. En cuanto Holdborn se acercó a ellos, los enanos comenzaron a bajar el cañón por la rampa soltando las cadenas.

Holdborn saludó con la cabeza al jefe de la cuadrilla —un enano robusto cubierto con un delantal de cuero, la barba recogida en una trenza tirante y la cabeza calva envuelta en un pañuelo— y luego se volvió a Félix, Henrik y los Matadores.

—Este es el ingeniero Migrunsson. Él y su equipo tienen la tarea de bajar los cañones a la antigua plataforma en la galería principal de los túneles que hay en las minas orientales de piedras preciosas. Cuando comience la batalla formarán parte de nuestras baterías de

artillería. Por desgracia, la galería principal está infestada de necrófagos. Y ahí es donde entráis vosotros.

Gotrek y Ágnar asintieron, satisfechos. Félix tragó saliva; reparó en que Henrik también se había puesto pálido.

—Hay tantos necrófagos como gusanos en un cadáver que lleva una semana muerto —afirmó Migrunsson sonriendo—. No debe quedar ni uno. No podemos tener necrófagos intentando devorarnos mientras manejamos los cañones. Serían una distracción.

—¿Quiere eso decir que prevéis que los orcos subirán por los túneles de la mina? —preguntó Henrik—. ¿Pensáis dirigir los cañones hacia ellos?

Holdborn negó con la cabeza.

—Esa es la otra tarea de los ingenieros. Derrumbarán los túneles, además de otros pasadizos. Los taparán para que los pieles verdes no puedan venir tras nosotros.

—Desde la plataforma podemos apuntar en dos direcciones —explicó Migrunsson—. Es una cámara fortificada encima de un arco entre la galería principal y el Gran Salón del Gremio de los Joyeros; tiene troneras que dan a los dos espacios. Thorgrin pretende convertir el gran salón en el campo de batalla. Asomaremos las bocas de los cañones por las aberturas y haremos añicos los flancos de los orcos desde una posición inexpugnable.

—¿Inexpugnable? —preguntó Gotrek—. ¿Qué impedirá a los pieles verdes cruzar la puerta del arco del gran salón?

—Ya, bueno —dijo Migrunsson—. La puerta del arco está cerrada a cal y canto. Lleva así desde que los necrófagos empezaron a congregarse en la galería principal. Los orcos no podrán pasar a menos que dispongan de un ariete.

—Dado que la puerta del arco está cerrada —terció Holdborn—, vosotros tampoco podréis cruzarla. Tendréis que ir por el camino largo.

—Claro —dijo Félix entre dientes.

Henrik sonrió lúgubrementemente a su colega.

Las cuadrillas de cañoneros enanos empujaron hacia la entrada del pozo un pesado carro cargado hasta los topes de barriles de pólvora y cajas llenas de balas de cañón. Detrás iba otro carro más

pequeño con víveres, leña y otros suministros. Félix puso los ojos como platos. ¿A qué distancia estaba la galería principal de las minas orientales?

Migrunsson reparó en su expresión y rio entre dientes.

—Solo son unas cuantas horas a pie, cronista. Pero la espera podría ser larga hasta que esos pieles verdes acepten nuestra invitación para bailar.

—Espero que encuentres tu muerte gloriosa, Matador —dijo el sargento Holdborn despidiéndose de Gotrek—. Así no tendré que volver a ver tu cara.

Gotrek gruñó mientras Holdborn se daba la vuelta para marcharse.

—Así te salvaré el pellejo, portero.

La cadena dejó de traquetear en el cabestrante y se destensó. Migrunsson empezó a tirar de ella e hizo un gesto a Félix, Henrik y los Matadores.

—Abajo —dijo—. Dos carros más y nos ponemos en marcha.

Gotrek y Ágnar emprendieron el descenso por la empinada pendiente del pozo hombro con hombro. Félix y Henrik vacilaron antes de seguirlos.

—Una vez más, ¿eh? —dijo Henrik.

—Por lo menos una —respondió Félix.

Las paredes del pozo se estrecharon en torno a él y sintió las caricias de una brisa fría que llegaba de abajo. Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque no sabía si se trataba de una reacción al frío o una premonición.

Cuando llegaron al final del pozo atalajaron dos ponis pequeños y robustos, adecuados para el trabajo en las minas, a cada cañón y a cada carro, y la recua de artillería se puso en marcha enseguida. Gotrek, Félix, Ágnar y Henrik encabezaban el grupo, seguidos por Migrunsson y las cuadrillas de artilleros —tres enanos por cañón—, los cañones, el carro con la pólvora y el de los suministros, cada uno conducido por un enano —y en el último iba, además, un cirujano de campo—. Cerraba el grupo una retaguardia de seis Atronadores, encargados de sumar fuego de mosquetería a los cañones cuando llegaran a la plataforma.